

CAPÍTULO IX.

La libertad de cultos.

I.

Hemos demostrado que la legislacion, cuando no permite mas que un solo culto en una sociedad dividida en varias creencias, condena necesariamente á una parte de esa sociedad á la hipocresía ó á la indiferencia.

No quiere decir esto que el hombre desafecto á la religion establecida pierda por este motivo la idea de Dios, ni el sentimiento de su propia conciencia. Por el contrario, existe en distintos lugares una numerosa clase privilegiada, una especie de tribu de Levi, que conserva todavía el sacrosanto fuego del altar. En esta clase privilegiada el sentimiento religioso ha sobrevivido á la religion misma; pero dispersa entre la multitud, ella no puede ejercer una influencia bastante decisiva en el fondo tenebroso de la poblacion ignorante para elevarla á su altura.

¿Cómo detener, pues, esta gangrena moral, que consume silenciosamente en nuestro pais todo sentimiento de honor y de lealtad? ¿Cómo llegaremos á resolver tan difícil problema?

¿Debemos acaso obligar al incrédulo, segun quiere el ultramontano, á volver al seno de la Iglesia, á profesar una fé que no tiene, y á rezar con la boca, reservándose el derecho de mofarse interiormente de su propia plegaria? Con este espediente no haríamos mas que desarrollar de un modo espantoso la hipocresía. ¿No seria preferible abandonar la cuestion á la casualidad, confiándola á la providencia del dios límite

llamado *statu quo*? Pero el sostenimiento del estado actual prestará doble impulso á la indiferencia. No hay solucion posible al problema sentado. La sociedad quedará dividida en dos sociedades distintas, esparcidas sobre un mismo territorio, la una religiosa por naturaleza, y al propio tiempo por egoismo; la otra tambien religiosa por naturaleza, pero irreligiosa por su situacion escepcional. ¿Cómo unir en una sola creencia estas dos fracciones de la sociedad?

II.

Si la humanidad progresa (y ¿qué hombre de juicio podria negar el progreso?) la religion debe progresar tambien, so pena de contradecirse á sí misma; porque, ¿cómo podria ella dirigirse en el mismo lenguaje á un pueblo que se halla en el estado patriarcal, y á otro pueblo instruido y civilizado?

Es necesario, pues, que difunda la enseñanza segun el estado de su auditorio. Por lo demas, la prueba mas convincente del progreso de la religion es sin disputa el cristianismo, á pesar de los esfuerzos de algunos hombres para presentarle como rival del progreso. ¿Por qué habrá venido á relevar al judaismo sino es para establecer la armonía entre Dios y el desarrollo del espíritu humano? Si el Evangelio encierra algo mas que la Biblia, este algo, ¿qué es sino el progreso realizado en la moral desde Moisés hasta Jesus?

Y el mismo cristianismo desde su fundacion, ¿ha cesado un momento de efectuar una incesante y progresiva evolucion? ¿Qué relacion existe entre la Iglesia del siglo primero y la Iglesia del siglo cuarto; entre la Iglesia del siglo décimo tercio y la Iglesia del siglo décimo nono? Si algun santo de la edad media, cualquiera que fuese, volviera hoy dia á la tierra, ¿qué diria al ver á un obispo bendiciendo solemnemente á un mónstruo que despide silbidos y humo; que vuela por el espacio, y que arrastra en su vertiginosa carrera á la multitud, con solo un soplo de vapor?

Creeria, no cabe duda, ver á un obispo albigense bendiciendo al demonio, y correria á pedir socorro á la Inquisicion para exorcizar á la locomotora. Aparte de esto, podria tambien oír el discurso de un dominico, vestido de inquisidor, predicando contra la Inquisicion, y defender en el curso de sus argumentos la libertad de conciencia.

Finalmente, veria el papa actual, cuando necesita dinero, pedirlo prestado sin el menor escrúpulo á un judío, y tomarlo á rédito, cuando

hay un dogma de la Iglesia, confirmado por varios concilios, que prohíbe prestar dinero á interés, so pena de condenacion eterna.

De lo que deducimos, que una religion, tanto si lo deseamos como si no lo queremos; tanto si lo sabemos como si lo ignoramos, marcha incesantemente de una á otra evolucion. Nosotros pensamos creer siempre una misma cosa, y creerla de la misma manera; conservamos el mismo símbolo, y repetimos la misma fórmula; pero bajo las palabras del texto, filtra insensiblemente otra idea.

El dogma es como la palabra: de siglo en siglo la palabra queda la misma; pero de siglo en siglo tambien varia su significacion. Antiguamente la palabra *virtud*, significaba en el hombre fortaleza: en el dia tiene un sentido contrario. Hay, de consiguiente, dos religiones; la religion escrita, y la religion viva. ¿Qué es la religion viva? Es el alma humana, constantemente enriquecida por el hecho de la perfectibilidad, la cual ejerce sin cesar su accion sobre el texto escrito, para adoptarlo á su propio progreso: es la imitacion, en fin, del tonel de Heidelberg, en el cual se vierte continuamente vino nuevo sobre vino viejo: el viejo comunica al nuevo su aroma, y el nuevo regenera al viejo con su fortaleza.

III.

Puede considerarse el instinto religioso en la humanidad como el dedo de Dios puesto sobre nuestra alma para escribir en ella la frase siempre nueva de un destino siempre renovado. Toda religion es eselusivamente la palabra de aquella religion instintiva que cada uno de nosotros ha recibido en la cuna. Pero esta religion primitiva es el alma misma, llegada á su mas alto grado de perfectibilidad. Viviendo de la vida del alma, esencialmente progresiva por naturaleza, ella vive como el alma en un estado perpétuo de progreso.

Si el alma es progresiva, la letra, no obstante, es inmóvil; y es á la letra á lo que el sacerdocio se atiene con preferencia. Mientras la primera arrastra tras sí una parte del género humano, la otra queda impresa en una página, deteniendo en su inmovilidad la retaguardia de la multitud. Existe, pues, una separacion forzosa entre la letra y el alma; entre la religion escrita y la religion interior, y en el vacío que crea entre ambas esta separacion, la sociedad divaga á la aventura, segun el nacimiento ó la instruccion de cada uno, inclinándose tan pronto hácia la fé como hácia la individualidad.

Que la forma religiosa condenada por el progreso, condene tambien

por su parte al progreso, lo comprendo y lo disculpo sin dificultad. Si alguna vez la cólera pudiera tener justificacion, seria motivo de todo un mundo de cólera ver al impasible progreso, mudo como el destino, proseguir imperturbablemente su marcha en medio del mas impenetrable misterio, invadir á millares las inteligencias, y á arrastrarlas tras sí de grado ó por fuerza, como si, descendido del cielo, trajera consigo una fuerza de atraccion irresistible.

Cuando se establece la discordia entre la doctrina que debe ser creida y la facultad que tiene en sí sola el poder de creer, entre la religion dogmática y la facultad religiosa, la humanidad ignora á cuál debe escuchar. ¿Hará la humanidad el sacrificio de la facultad en aras de la religion? Mas si la religion sin la facultad es como la planta sin la sávia de la primavera, ¿hará el sacrificio de la religion en aras de la facultad. La facultad sin la manifestacion, es la sávia sin planta á quien nutrir. En presencia de esta doble imposibilidad de manifestarse sin existir, ó de existir sin manifestarse, el hombre opta necesariamente por la indiferencia. Empero, la religion dogmática no puede subsistir mucho tiempo en tal estado, contrario á su naturaleza: la indiferencia la mata. Está agonizando: ved, sino, la palidez de su frente bajo la guirnalda medio deshojada que cubre sus sienes.

IV.

Es necesario hoy dia, bajo pena de muerte para el alma humana, reconciliar el sentimiento religioso con la religion. ¿Cómo lograrlo? Por el único medio de conciliacion posible: por la libertad; pero no solamente por la libertad de creer en el dogma á que se incline la conciencia, sino por el derecho de practicar abiertamente, á la luz del sol el culto, que nos dicte la razon.

Cada uno de nosotros posee la facultad de formarse tal ó cual idea, mas ó menos acertada, respecto del Criador.

Para devolver la tranquilidad al alma, dividida, desgarrada por la duda, la libertad debe reconocer en todos los ciudadanos, no solo el derecho absoluto de reglar como quieran su fé interior, sino tambien, y muy especialmente, el de practicar sus creencias en sociedad con los que participen de la misma conviccion: debe estimularles á llamar en voz alta á la humanidad entera para que juzgue sus ideas, abriéndoles ancho campo para la predicacion de su doctrina; porque la mas noble, la mas santa ambicion del hombre, así como su mayor gloria en la tierra, con-

sisten en dirigirse á sus semejantes para mejorarlos, para regenerarlos, para elevarlos en piedad y conocimientos.

La religion, bajo una forma ú otra; sea por medio de la ceremonia ó de la predicacion, no tiene sino esta mision que cumplir en el mundo.

«¡Cómo! preguntará quizás algun fanático: ¿quereis conceder á todos los ciudadanos el derecho de elegir ó de crearse un culto segun su fantasia? ¿No advertís que vais á destruir la unidad religiosa, y á multiplicar las sectas hasta lo infinito?» Y vos quereis provocar guerras de teología, tanto mas implacables, cuanto que de una parte y otra se combate encarnizadamente por lo incomprendible.

V.

Dejemos aparte la unidad religiosa: no pensamos en romperla, primeramente porque está rota desde hace mucho tiempo, y luego porque ella es ya imposible en la actualidad. Es positivo que la unidad religiosa solo puede existir en una sociedad naciente, y en una época de ignorancia universal; porque entre una alma ignorante y otra alma ignorante, hay la misma identidad que entre una molécula y otra molécula.

La inteligencia humana, rebajada en todas partes á su *minimum*, reproduce con uniformidad la inteligencia del vecino. Cada uno cree lo que los demas, ó mas bien, piensa creer aun cuando no sea así; porque en realidad, no puede raciocinar sobre su creencia. Una idea, si no es plenamente concebida por el espíritu, no es una idea; no es mas que una palabra sin ningun sentido para la razon; es menos que una palabra, es un ruido cualquiera en el oido.

Así, cuando la multitud no comprende lo que aparenta creer, en realidad no cree: solo el sacerdote conserva entonces su creencia, porque él únicamente posee el secreto de la conviccion comun. El interés siempre uniforme del clero, mantiene en este caso la unidad de la doctrina. En cuanto al resto de la nacion, cree lo que le han dicho; hace lo que le han mandado hacer, y dice lo que oye repetir. Su religion consiste únicamente en cumplimentar una orden; pero la idea religiosa pasa por su cerebro como la palabra pasa por el alambre del telégrafo. El fanático recibe su creencia; la trasmite sin variacion, metódicamente, sin que su alma la comprenda, lo mismo que el aire no comprende las palabras invisibles que trasmite al horizonte paseándolas por el espacio.

Como el clero no tiene nada que enseñar al espíritu del hombre, por cuanto el espíritu de la multitud queda sumergido en las tinieblas, se desquita apoderándose del cuerpo, sobre el cual trabaja, y lo acostumbra

de diversas maneras á mil ejercicios diferentes: convierte el culto en un gesto continuo, y la religion en una ceremonia diaria, para que llegue á constituir en la persona del fanático una especie de costumbre, una segunda naturaleza. En este caso, la unidad religiosa es indestructible, porque ha penetrado tan íntimamente la carne del fanático, que ha llegado casi á formar parte de su existencia. ¿Cómo podria convertirse, por ejemplo, á un buddista, que tiene todo el dia su religion en la punta de los dedos, tan pronto para hacer una ablucion, como para pasar el rosario? Es posible hacer reconocer la falsedad de una doctrina; pero á una costumbre, ¿cómo convencerla de su error? El catolicismo en la China habia sustituido en parte al buddismo; pero fracasó en su obra cuando quiso alterar las numerosas ceremonias del culto de Budda.

VI.

La unidad religiosa constituye, pues, la prerogativa de un pueblo en la infancia y de una época de ignorancia; pero esta unidad no es la que constituye la unidad espiritual del alma, asociada al alma en el seno de la verdad: es ni mas ni menos la disciplina de un cuerpo, combinado con otro cuerpo por una série de evoluciones semejantes á las que ejecuta el soldado. Por esta razon, cuanto mas remoto es el origen de una religion en la antigüedad, mas consiste esta en ceremonias, en danzas, en cantares, en peregrinaciones y en sacrificios. Es indispensable hablar á los sentidos desde el momento en que no hay ocasion de dirigirse á las inteligencias. Esto es tan cierto, como que la forma mas espiritual del culto, es decir, la predicacion, era completamente desconocida en la antigüedad. En efecto, para la predicacion es indispensable que haya dos personalidades: primero el predicador, que dice lo que comprende, y despues el auditorio, que comprende lo que dice el predicador. En el paganismo encontramos fácilmente al sacerdote, pero no al auditorio.

Entre tanto, cuando por medio de la perfectibilidad humana y por el trascurso del tiempo, ese criador continuo de las ideas religiosas, la sociedad ha destruido la unidad humillante, ó mejor dicho, la monotonía de la ignorancia, é introducido en el mundo una gerarquía de espíritus mas ó menos desarrollados, y todos diversificados hasta lo infinito por su naturaleza y por su educacion, ¿cuál puede ser, en conciencia, la medida comun de estos espíritus, tan diferentes unos de otros en facultades y en conocimientos? Al perder la ignorancia, ellos perdieron la unidad. Iguales en su estado primitivo, creian igualmente; pero desiguales en el dia, ¿cómo podria esperarse que al presentarles una doctrina nue-

va manifestasen otra cosa que su desigualdad? Seria como si esperásemos que, al marchar en batalla contra el enemigo, despidiese el tambor el mismo sonido que los platillos.

El hombre instruido no cree sino lo que comprende; lo que no comprende no existe para su razon. Puede, no cabe duda, estipular una alianza con lo incomprensible, por amor, por conservar la paz, ó por respeto á lo pasado. Pero lo incomprensible no penetra en su imaginación, ni adquiere influjo sobre su existencia: él lo ha rechazado lejos de sí. Pues bien, precisamente lo que él ha dejado caer es lo que el ignorante viene á recoger, para servirse de ello como el principal, y tal vez único elemento de su creencia. ¡Y decís luego que estos dos hombres, el primero sábio y el otro imbécil, tienen en el fondo la misma convicción!... Confundís lastimosamente el título con la esencia de las cosas. Es como si pensarais que bastaria escribir sobre los botes de una farmacia la misma fórmula latina, para que todos ellos encerraran un mismo medicamento.

VII.

Ya es tiempo de abandonar esta ilusion que no puede engañar á nadie. Desde el momento en que el génio, elevado á su mayor altura, no comprende la religion de la misma manera que el rústico aldeano sumergido aun en su estupidez primitiva, puede que lleven ambos un mismo nombre religioso, pero no profesarán la misma religion. Esta diversidad de creencia bajo un símbolo comun no solamente existe en las dos estremidades la escala social, si que tambien en cada uno de sus escalones. Si fuera posible fotografiar las almas adheridas á una misma comunión religiosa, se veria que cada una de ellas reproduce por un lado la herejía animada de su vecina. Cada una cree mas ó menos, segun su fuerza ó su debilidad, y en el culto general mezcla instintivamente un culto limitado, anónimo y de su uso particular. «La filosofía católica, decia Gioberti hablando de sí mismo, no es otra cosa que un protestantismo disfrazado.»

Una sociedad heterogénea necesita diversas formas de religion para corresponder á la diversidad de los espíritus, y dar por todas partes satisfaccion al sentimiento religioso, hablándole siempre en su propio lenguaje, en el lenguaje material de la práctica allí donde este sentimiento es apenas conocido por el pensamiento, y el lenguaje espiritual de la verdad allí donde vive en la inteligencia emancipada. Que hayamos nacido en una misma época, y que nuestros nombres hayan sido inscritos con la misma fecha en el registro civil, no es una razon para que seamos contemporáneos en cuanto á las ideas. El pastor breton que divaga en el fon-

do de sus eriales, cubierto con una piel de cabra, existe en medio del siglo décimo nono con seiscientos años de atraso. Él se conserva siempre un hombre de la edad media: dejémosle la fé de la edad media para su consuelo; pero reconozcamos tambien en el hombre de nuestra época el derecho de haber ganado sobre el aldeano breton seiscientos años de pensamiento, es decir, igual número de pasos adelantados en el camino de la verdad. Así, pues, difundid pródigamente las religiones por el territorio francés, si quereis ganaros las bendiciones de los pueblos.

VIII.

«Pero la verdad es una, se nos argüirá, y de consiguiente, no puede haber mas que una religion verdadera, fuera de la cual todas las demas son falsas. Abrir la puerta á una religion falsa, ¿no es acaso proclamar la legitimidad del error, y decir implícitamente que error ó verdad todo es ventajoso, ó á lo menos indiferente para la humanidad? La mentira, elevada al estado de dogma, para utilidad de una parte de la nacion, seria quizás la última palabra del progreso.»

Tal es la objeccion en toda su fuerza: hé aquí ahora la contestacion.

Es positivo, que si cada religion en Europa fuera la contradicción absoluta y la negacion radical de la religion vecina, su hermana mayor ó menor, la objeccion seria irrefutable, y el mundo no tendria mas remedio que cruzarse de brazos, esperando á que Dios se pusiera de acuerdo consigo mismo. Pero esto no es así: una secta no difiere de otra en el cristianismo sino por la forma de su culto, ó por la metafísica de su teología. Ella interpreta distintamente, practica de otra manera alguna idea inaccesible á la razon, como la idea de la Trinidad ó la presencia de Jesucristo: cuestion del sacerdocio en definitiva. Pero si las sectas difieren por la práctica, ó tocante al sentido del misterio, todas ellas conservan aproximadamente la misma doctrina en cuanto á la moral. El inglés piensa respecto al bien ó respecto al mal exactamente lo mismo que el francés. El Evangelio representa el fondo comun de todas las Iglesias cristianas, y este fondo comun constituye por sí solo la unidad de todas; unidad flexible y amplia, en la cual las diversidades de linaje y de tiempo podrán siempre subsistir fácilmente á cada movimiento y á cada evolucion del progreso.

No cabe duda que las diversas sectas cristianas están radicalmente separadas entre sí; pero remontémonos mas allá de sus querellas y controversias, y encontraremos una sola verdad: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.» Esto es lo que basta.

Ved una selva virgen de América. Allí crecen los árboles á bastante distancia uno de otro; pero se elevan constantemente á los rayos del sol, y llegados á su total altura, esparcen un bosque de ramaje en su derredor; juntan sus copas, y enlazadas unas con otras, reúnen simpáticamente su fragancia y murmullos. Ya no hay allí para el ojo que mira desde arriba un árbol ni otro árbol, un cedro ó una palmera: la selva ondea por completo, como un Océano de verdura movido por el soplo de Dios, que mece dulcemente las flores y los frutos, entre los amorosos arrullos salidos del lecho nupcial del ruiseñor y la paloma. Belleza, amor, poesía, abundancia, todo está allí dispuesto á la vista como para una fiesta perpétua de la naturaleza. Empero, debajo de tan magnífica bóveda, ¿qué es lo que veis al pié de los árboles, en el punto de su separación? Una oscuridad eterna cargada de miasmas deletéreos, y una tierra sin flores poblada de reptiles.

IX.

A tener mi palabra alguna autoridad, yo diría al Estado, sin preocuparme por su forma de gobierno, ni por el carácter de sus habitantes: «Da aire y luz al alma religiosa, que en el día está reconcentrada en sí misma por falta de espacio y de libertad. La indiferencia pesa sobre nosotros como la atmósfera pestilente de un calabozo. Sácanos de aquí pronto, porque nos ahogamos. Somos creyentes de pura raza: devuélvenos el Dios de nuestra inteligencia.»

Por lo demás, no le diría al Estado: «Este es mi derecho;» porque quizás no me comprendería: le diría simplemente: «Este es tu interés. La libertad religiosa despertará en todas partes el sentimiento religioso, adormecido aun en la mitad de la nación, y el sentimiento religioso, aumentado por la fraternidad, y vigilado por sí mismo, desarrollará la moral en el hombre, facilitando por consiguiente las atribuciones del poder. Allí donde el poder encuentra mas virtud, encuentra al mismo tiempo mayor seguridad. El tiempo vuela: á qué aguardas? Las almas se agitan en el vacío: encamínalas al cielo, y la democracia, estraviada en su camino por tanta oposición, habrá por fin hallado la verdadera fórmula: la religion por la libertad, y la libertad por la religion.»

Los indicios del tiempo parecen presagiar una nueva redención. Mirad sino: un relámpago acaba de surcar el horizonte: el velo del templo se ha rasgado de nuevo. Allí, en el misterioso Oriente, destinado desde los primeros siglos á profetizar todas las crisis de la humanidad, las cuatro religiones de Europa, á impulso de no sé qué fuerza desconocida, se

han reunido en la guerra de Crimea. El protestantismo y el catolicismo, unidos como hermanos, han defendido mutuamente... ¿á quién? Al mahometismo. ¿Y en dónde? En la tierra de las cruzadas, pisando el polvo de los mártires. ¡Ah! es que fueron á Oriente á defender, sin sospecharlo, algo mas sublime que todas las formas religiosas del mundo: fueron allí para vindicar la moral eterna de todas las religiones, y tal vez tambien para preparar su concordia futura, colocando delante de todas ellas un ideal supremo de justicia.

X.

Los indicios de los tiempos, ¿nos engañarían acaso como las ilusiones de nuestro espíritu? Los presentimientos del siglo, ¿se parecerían tal vez á aquellas aves de paso, que en alas de un viento glacial, y en un orden matemático, atraviesan bajo el pálido cielo de otoño, solo para cruzar rápidamente de uno á otro horizonte y desaparecer de nuestra vista?

Tengamos valor para dudar. Cuando los hombres de fé viven esperando de un momento á otro oír sonar la hora de la redención, esta misma expectativa atestigua una enfermedad ó una esperanza. Pues bien: de estas dos cosas, ¿por qué preferiríamos quedarnos con la enfermedad?

XI.

«¿De qué serviría actualmente una nueva evolucion religiosa? se me preguntará quizás; ¿será para adquirir el derecho de orar en comun? ¡Orar!... ¿de qué modo? ¿Pidiendo á Dios lluvia ó buen tiempo, segun las necesidades de nuestros campos ó de nuestros viñedos? Esto no es mas que un acto de mendicidad, que tiende á negar á Dios mas bien que á conocerle; porque siendo Dios infinito, no puede obrar sino infinitamente bien, segun su naturaleza.»

¡Oh! no, no: orar, para el verdadero creyente, es buscar la verdad en Dios; es establecer la armonía entré nuestra alma y el alma del universo; es penetrar los misterios de la divinidad por medio de la creencia, y ejecutar sus preceptos por medio de la virtud.

Platon cuando piensa, reza: Képler ora cuando descubre el cielo: Washington reza al fundar una gran nación: el obrero tambien eleva plegarias al Eterno cuando trabaja. Todo pensamiento grande, todo descubrimiento importante, es en realidad una plegaria, una entrevista con la Divinidad.